

Penas breves

Penas breves/ Patricia Cuaranta
–1ª ed. Buenos Aires, 2019–

ISBN 978-987-4914-09-05

© Patricia Cuaranta
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com
www.facebook.com/editorial.hdj
www.instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Pedro Giraldo

Motivo de portada: © Julio Rayón “Cianotipias”

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

PATRICIA CUARANTA
Penas breves

*A los que cultivan la memoria
y conjuran el olvido*

La luna se devora cada noche al día por nacer.

La tierra nos devuelve a la espesura de los signos.

Y ha de correr con rieles el futuro
intenso, agazapado.

En cada historia develada
en cada mano

un gesto
una mirada
nos aguarda.

Otro sol
y el nuevo día
crece
narrando los silencios.

El río arroja a la llanura
el poder secreto de las aguas
surcando el horizonte y la memoria.

Siento que unos hombres
me miran con malicia.
Uno de ellos destapa un porrón
usa sus dientes con argucia
se limpia la saliva con el codo.
Camino sobre las hojas secas
dejo el río a mis espaldas.

El perro arranca a dentelladas un pedazo de carne cruda
que asoma maloliente de una bolsa de consorcio.
Acelero la marcha y me subo al 112 negro.
La multitud se abre paso, me cede lugar,
se alejan y me miran con desprecio.
Al bajar
siento que algo raro y pesado
pende de mi mochila boliviana,
las hojas del libro de Pessoa
enganchadas
a un alambre oxidado
sangran,
sangran como la sábila que llevo adentro
para protegerme.
Sangran.
Sin más.

Una misma madera

Desde la mesa nueva del comedor –hecha con maderas anarquistas, astillada en los orígenes por rebeldías ajenas, tal vez marcada por miserias pasadas–, antes de tenerme, ella se había arrojado de bruces varias veces.

No sé si fue el piso de tierra que amortiguó los golpes o fue la prepotencia del destino.

Pude al fin nacer, para dar allí, donde el dolor se aferra a las rodillas como presa a su carroñero.

El verano, el sol, aquel asesino de calandrias, dejó libres tus caderas; ataron con cuerdas tus tobillos, al roturar fanático de las carretas del destino.

Carretas sin derrotero, rumbo al olvido sórdido de la ausencia inicial.

Te veo derrumbada madre.

Tus ojos han perdido el brillo
madre.

Tu piel ha dejado las trazas del fulgor en otras manos
madre.

Tus manos, esas que me dieron tantos golpes no tienen ya
desdén alguno
madre.

Solo la mueca fría de tu sonrisa esperando el fin.

Mi liberación.

Estrellas muertas

¿Puede doler la felicidad ajena? Me preguntaste, mirándome a los ojos. Acaricié tus cabellos finos y musité... sí. Porque no es nuestra, tal vez ni siquiera podamos decir si es acaso felicidad, ya que ante todo es de otros.

En todo caso cavilo verdades ante a la existencia del brillo, es solo un destello que nuestros ojos niegan. Sigo atentamente tu mirada, apenas percibo ese fuego que te vio nacer.

¿Existen las estrellas? Son soles que han muerto ya hace mucho tiempo, sin embargo, las vemos, brillan y no dudamos de la certeza vital que nos alumbra.

¿Entonces dónde caben las disquisiciones? ¿En qué manto de olvido, recuerdo aquello que alguna vez dejó el color desparramado en las hendidjas de mi alma ciega?

Retóricas del porvenir.

Miradas del más allá.

La salida

A Graciela Sacco, in memoriam

En las vísperas del incendio, estaban en peligro de extinción.
Las cosas que se llevaron, no son de este mundo.
Los cuerpos en sombras eran bocanadas del abismo.
Estábamos seguros de que no habíamos perdido la paz.
Pero, nada está donde se cree.
Buscaron la salida y encontraron el encierro.
Sus bocas secas enmudecieron para siempre.
Los bárbaros dejaron de llegar.
Vos siempre esperaste.

*Loakal*¹

El fuego fatuo no se extingue
allí dónde la tierra gime y el agua corre
donde el cuerpo grita y atraviesa el espacio,
el signo acumulado de los siglos, respira, nace
y nos vuelve otra vez aquello que no somos.

Loakal del tiempo y del agua
relicto

de la tierra y los frutos.

El tiempo

avanza inexorable

ni más rápido, ni más lento,

con los últimos peregrinos atravesando el río

para darnos frutos,

o tal vez nada más que tierra yerma.

¹ *Loakal*: gente del agua, voz abipona.

Bernardo Soares

A Dora Suárez

Bernardo Soares me miró profundamente a los ojos,
me aferró junto a su cuerpo.
Sentí el aire, luego el agua rodeándonos.
Miré sus ojos negros profundos,
me besó en los labios hasta hacerme perder el aliento.
Caminó unos pasos,
me dijo tres palabras:
soy tu padre.

Juana no quería amar

Fue el olvido y la nada misma. Salvo un día, 320 años más tarde de su repentina y fortuita ausencia, cuando excavaron el convento de las Jerónimas, y un pectoral con ojos incrustados salió a la luz.

El pectoral tenía dimensiones descomunales, casi podía decirse que era una coraza completa para un cuerpo tan diminuto. Todo México hablaba de ello, los entendidos y los neófitos, la radio y la prensa escrita.

Juana no quería amar, entonces leía.

Leía hasta perder los ojos dentro de sus párpados cansados. Leía y sentía en su cuerpo todo el deseo del mundo absorbiéndola. Un día todo el cuerpo se le metió por las órbitas abiertas y azules, que daban justo al fondo de un pasadizo plagado de carteles con escrituras antiguas. Eran tantos que no podía leerlos, eran cientos de ojos mirándola, y decidió probar cada uno de ellos. Como en un laberinto, se perdió en ellos. Desapareció.

Como el humo que despide el fuego. Así fue como nunca más se supo de ella. Como un caracol lento y preciso que no deja señales, como la lluvia lavando el barro de los días. Como las lágrimas de aquel joven amor que se quedó en el tiempo.

El arqueólogo Arturo Romano del Distrito Federal, no podía entender esas señales, marcas extrañas que no se correspondían con la materialidad del objeto. Aun cuando había pasado sus casi 90 años estudiando misterios arqueológicos, su especialidad. Signos de lenguas muertas, de notas musicales y recetas de cocina, en pistas con descripciones de elementos de la biología marina o terrestre.

El arqueólogo observó el pectoral, usó lupas de barrido electrónico, instrumentos de precisión importados, nunca antes utilizados. Convocó a otros expertos. Ninguna conclusión plausible pudo resolver el enigma.

La naturaleza del objeto, el material y el tamaño, los símbolos... Todos interrogantes.

Pasaron varios días hasta que una mujer ataviada con ropas de fiesta se presentó en el recinto con una caja muy antigua. Se la entregó al profesor, y le dijo: allí están las respuestas que Ud. no encuentra. Pero debe prometer no develarlas. Nadie puede romper el misterio.

Si lo intenta, no estará más en este mundo.

Al mes siguiente el profesor Romano apareció sin vida en sus aposentos. O tal vez la muerte lo condujo a un sitio adonde la vida tiene otras aristas.

Su camarada y arqueólogo de confianza, Eduardo Ramos Cruz, se encargó de las exequias, y así quedó enterrado el misterio aquel para toda la eternidad.

Juana no quería amar.

Devoción

Cada (tic-tac) es un segundo de la vida que pasa, huye y no se repite. Y hay en ella tanta intensidad, tanto interés, que el problema es solo saberla vivir. Que cada uno lo resuelva como pueda.

FRIDA KAHLO

Viajaba en el 122 rumbo al oeste, cuando vi la caída de una mujer desconocida. Pensé en su suerte. Más tarde las noticias dijeron que había muerto, tras ser atropellada por un motociclista, al bajar de la línea 35-9.

En el taller, leímos nuevas historias, la tarde transcurrió sin percances. Sentía una tristeza profunda en todo el cuerpo. De regreso, por calle Mendoza, un hombre rezaba y besaba con devoción el busto de Eva Duarte, acariciándole la cabeza y besándola una y otra vez.

El sol se ponía y la ciudad dibujaba su silueta atiborrada de rumores y sudores ajenos. Llegué a casa, el nombre de mi madre estaba entre mis labios.

Después pensé, ella era devota de la virgen de Itatí, decía admirar a Evita y no quería contradecir a mi padre. Tomé su foto y la besé.

Comprendí con precisión de astrónomo la relación de la extrañeza y la devoción.

Todo es cuestión de énfasis.

Luces y sombras
de un pasado sin piedad.
Matices agazapados
entre la hierba mustia
y tus ojos secos
—tejo en silencio—.
El vuelo de las aves migratorias.
Abro esas alas
racimos de una sola flor
y me desgajo eterna en el último cajón de los olvidos.

Mi sombra partirá con la marea última
nada habrá entonces entre tus ojos y los míos
el cielo será mi amparo.

Calla mi boca y no pronuncia nunca.
Arde y resiste el desconsuelo.
Temo no ver los ojos asesinos.
Miro tus manos
y no espero nada más.

Amarrar mi cuerpo
a los mástiles del tiempo.
Desenterrar despojos
beber el agua del molino
tragar la luna de la tarde
arrasar la tierra
para descubrir el cielo.
Encontrar mi boca
para dejar mi grito adentro.
Arrojar las evidencias de mi última muerte
a las fauces de los perros.

Seguir de pie

Hemos sacado una a una las espinas.
Hemos aprendido a infligirnos
el menor daño posible.

He lamido tu sangre con ojos de cordero.

Repartimos el pan a los unos y los otros.

Saciamos la sed del desierto.

Labramos la piel
con la luz de la distancia.
Dibujamos los últimos trazos
para darnos un cuerpo.
Escribimos cada fragmento
y aún estamos a tientas.

La luna y la noche
han dado con el último suspiro.
Que la honda luna roja nos devore
por haberte deseado
amor mío
por seguir amando.